

II Edición del Concurso de Relatos de Pensamiento Crítico Félix Ares de Blas



María Belén Herruzo, recogiendo el premio de manos de nuestro socio Pepe Trujillo

El pasado año 2016 convocamos la II Edición del Concurso *Félix Ares de Blas* para relatos cortos de temática escéptica y de pensamiento crítico. Se presentaron un total de 42 relatos, tanto en la modalidad senior como en la juvenil. Las plicas fueron abiertas al público durante la asamblea general de socios de ARP-SAPC celebrada el pasado 1 de abril en Málaga, y reproducimos a continuación los relatos premiados.

Primer premio: HELENA

Juan Pablo Fuentes (Barcelona)

Helena, luz de mi vida, fuego de mis entrañas, He-le-na, llegaste a clase con tu sonrisa traviesa y tu dulce acento porteño desbaratando mi mundo. Dejé de atender en clase, dejé de mirar la tele, seguí leyendo, pero distraído. Escaso de seducción aposté por una simple estrategia: ir a clase con el libro «Bestiario» de Cortázar y cruzar los dedos. Para mi sorpresa, funcionó. *¿Leés a Cortázar? Me encantá, es un genio. Viviría dentro de su mundo mágico. Yo viviría feliz dentro de tus pestañas, pensé. ¿Qué signo del zodiaco sos? Leo, te respondí, pillado por sorpresa. Yo soy Tauro, somos supercompatibles, ¿nos vemos después de clase?* Nos vimos esa tarde y me perdí en tu mirada. Te gustaba lo paranormal y por una vez le agradecí a mi padre sus manías de escéptico, en su biblioteca encontré algunos libros que podía compartir contigo. Más me sirvieron algunos manuales que desmontaban las supercherías que nunca te enseñé pero que leí con provecho. Practicábamos telepatía con unas rudimentarias cartas Zener y te emocionabas con nuestros aciertos mientras yo me iba enamorando de tu risa. Me atreví a leerle el pensamiento. Te cogí de las muñecas mientras con disimulo te buscaba el pulso. *Una casa, alguien querido, un familiar, una mascota.* Tu pulso se aceleró y recordé —bendita memoria— que Cortázar tenía un gato *De color ¿oscuro?* Dije sintiendo que tu latido me guiaba y me arriesgué del todo. *Un gato casi negro llamado... Julio.* Tus ojos brillaron y no solo por la sorpresa. Sujeté tus brazos con fuerza, te atraje con dulzura y ninguna de mis lecturas de ración de biblioteca me había preparado para el sabor de ese primer beso, ni para la felicidad que vino después.

Adolescentes al fin y al cabo sustituimos las cartas por los juegos de manos, los besos a escondidas y los abrazos a la sombra de la luna. Tu pasión eran los ovnis. *No puede ser que estemos solos en el universo ¿No creés?* Yo te oía sin escucharte, seducido por la cadencia de tu voz, más atento a tu boca que a tus palabras. Ni siquiera busqué libros sobre el tema. Mi interés se centraba en la vida en la tierra, la de fuera no me importaba lo más mínimo. *Podemos hablarles, ¿sabés? En las alineaciones planetarias podemos contactar telepáticamente. Seguro que vos también*

podés, tenés tanto talento. Yo a veces recibo transmisiones. Las señales estaban ahí, pero yo no supe verlas, mi entendimiento nublado por tus caricias. Mi cerebro ofuscado por el deseo.

Mis padres no están este fin de semana. Es el momento perfecto. El corazón casi se me sale por la boca. Les he dicho a mis padres que iba a dormir en casa de Fernando y he corrido a tu casa como si volara. Has preparado la mesa con dos velas, y ni siquiera recuerdo lo que he comido, solo nuestras risas nerviosas, el sofoco al coger tu mano y dirigirnos a la cama de tus padres. Llevamos las velas y nos quitamos la ropa en la penumbra. Me hubiera arrodillado ante la maravilla de tus senos. También es tu primera vez y nuestra pasión pelea con nuestras intenciones. Hacemos el amor con torpeza, con la alegría de los que descubren el sexo por primera vez. Al acabar te levantas y regresas con una bandeja. *Traigo mate, tenés que probarlo, disculpá un momento que voy al baño.* Pruebo la bebida que solo conozco por la literatura. Está tan amarga, sabe tan asquerosa, que para no quedar mal tiro el contenido en una maceta antes de que vuelvas. Te tumbas a mi lado y no puedo creer tu deleite al beber ese líquido del demonio. *Hoy es la noche. Me lo dijeron ayer. Seguro que tú también lo has sentido. He puesto el veneno en el mate. No te preocupés, mi papá es farmacéutico, no nos va a doler. Cuando despertemos estaremos en su nave. Nos están esperando.* Me besas mientras voy entendiendo poco a poco lo que has dicho. Tu cuerpo desnudo me abraza mientras esperas, ilusionada, a unos extraterrestres que nunca llegarán.

Accésit: ESPIRITUALIDADES

Antonio Orbe Mendiola (Madrid)

Llevaba semanas fijándome en Laura. Pertenecía al departamento de desarrollo de productos, ajeno al mío, y no encontraba la manera de entablar conversación con ella. Una mañana, en la máquina de café, pude charlar un poco con ella y mi cerebro se inundó de confusas emociones. Me pareció que le resultaba agradable, pero las palabras no acudieron prestas a mi boca. A veces coincidíamos a la salida del trabajo y seguía desde lejos su elegante forma de caminar. Seguía sin decidirme y tras echarla en falta unos días supe que la empresa la había mandado al extranjero unos meses.

Decepcionado conmigo mismo, pasé un tiempo abatido, pero me olvidé de ello al conocer a Verónica. Ella era preciosa, dulce y amable. Mi alma gemela, pensé. El caso es que al poco tiempo nos hicimos pareja y comenzamos a pasar mucho tiempo juntos. Estábamos enamorados.

El amor, el sexo, lo mucho que teníamos en común, auguraban un futuro perfecto. Aunque en realidad ha-

bía algunas cosas que no me acababan de gustar. Lo primero que me preguntó fue mi signo del zodiaco. Aries, dije. Géminis, replicó, haremos buena pareja.

No di ninguna importancia al asunto del horóscopo, no sé por qué pero resulta un tema bastante común en una primera aproximación, aunque la conversación inicial sobre el asunto fue aburrida y acabé un poco decepcionado. Pero eso no importaba. Verónica era tan hermosa y el amor mutuo tan grande que la pequeña tontería de los astros no iba a separarnos.

Tengo que presentarte a Pedro, mi guía espiritual, dijo en una ocasión. Deberías venir a nuestros encuentros. ¿Tenéis reuniones espirituales?, pregunté. Dos veces al mes, respondió. No podría vivir sin ellas, dan sentido a mi mundo.

La conversación debería haberme puesto sobre aviso, máxime visto su apartamento con sus figuras orientales por doquier, sus libros de cristaloterapia, acupuntura, hierbas medicinales y todo tipo de remedios a enfermedades que no sabía que existieran.

Finalmente acudí a una reunión espiritual comandada por Pedro. Varias mujeres y menos hombres formábamos el grupo. No puedo decir gran cosa del contenido, todo era muy abstracto y simplemente no comprendía nada. La gente tomaba la palabra en un estado de iluminación que me tenía pasmado. Cuando me tocaba hablar a mí decía cosas que ni yo mismo entendía, pero que parecía que estaban muy bien por los murmullos de aprobación que suscitaban. Acabé aburrido y aturdido. A la salida, a requerimientos de Verónica, le mostré moderadamente mi escepticismo lo que provocó un monumental enfado por su parte. Pero si te quiero con locura, pude apenas balbucir, lo que no consiguió apaciguar su cólera.

Pero el amor todo lo puede y nubla el pensamiento. Seguíamos más o menos enamorados aunque Verónica estaba algo más distante desde aquel día. Por mi parte, yo no sabía qué hacer. ¿Debería tirar a la basura mi forma de pensar y adentrarme en los mundos espirituales que dominaban la vida de mi amada? Lo intenté, leí libros de autoayuda y misticismo, pero eso solo aumentaba mi malestar. Cuanto más leía, más basura me parecían todas aquellas disciplinas. Una cosa es que el amor obnuble y otra volverse tonto.

Una tarde me acerqué al apartamento de Verónica. Abrió la puerta arrebolada y con una débil voz apenas hizo un esfuerzo para disimular su sorpresa. No has venido en buen momento, dijo desde el quicio sin dejarme pasar. La habitación estaba iluminada por velas y el ambiente rezumaba olores mareantes. En el sofá estaba arrellanado Pedro. No, respondí, creo que no es un buen momento.

Vagué por las calles sin rumbo mientras en mi cabeza bullían pensamientos y emociones. No podría competir con Pedro, nunca ganaría a los espíritus, había

perdido a Verónica. La congoja apenas me permitía reflexionar, pero poco a poco se fue imponiendo una idea. Al menos me había librado de toda aquella basura espiritualista que tanto me disgustaba y que poco a poco me iba asfixiando.

Las semanas transcurrieron y fui olvidándome de Verónica y agradeciendo la libertad de pensamiento que me permitía rechazar todo aquel potaje pseudointelectual. Un día volví a ver a Laura camino del autobús. Aceleré el paso, subí y me senté con ella que me recibió con una sonrisa. Charlamos de su asignación en el extranjero y de otras muchas cosas. Sin saber qué más decir, torpemente, le pregunté por su signo del zodiaco. Inmediatamente me arrepentí, antes incluso de que ella me respondiera: ¿Te gustan esas tonterías? Aliviado, tuve por fin el aplomo de decir: No, no me gustan. Me gustan otras muchas cosas y entre todas ellas lo que más me gusta eres tú.

Premio en la modalidad juvenil: *MI GALIMATÍAS* María Belén Herruzo Barroso (Badajoz)

Voy a suspender. Pensó una joven mientras trataba de concentrarse en sus estudios, algo que le era realmente complicado, no por el hecho de que ella fuera una mala estudiante, ya que no lo era, pero probablemente tendría algo que ver que ella no compartiera las ideas que su profesor trataba de inculcarle. Pero era imposible que comprendiera que a pesar de todas las ideas que tenía en la cabeza debido a su infancia, ella debía estudiar eso.

Ella sabía quién había creado el mundo o, al igual que muchas personas, confiaba en no estar equivocada y en saberlo, era por ello que no comprendía cómo era posible esto. Nada tenía sentido, es decir, desde pequeña había acudido a un colegio de monjas y le habían enseñado que Dios lo había creado todo. Cerró el libro cuidadosamente dejándolo a un lado de la mesa, volvió a cogerlo y a abrirlo cuidadosamente por la página de la teoría del *big bang*, leyó lentamente la primera frase en voz alta: «Constituye el momento en que de la “nada” emerge toda la materia». ¿De un nada? Pensó cerrando bruscamente el libro de biología. Se levantó para ir a por un vaso de agua cuando escuchó una voz reñirle con un deje de dolor. «Eso ha dolido, jovencita». La muchacha se dio la vuelta inmediatamente buscando la procedencia de la voz, cuando observó la habitación comprobó que no había nadie y se marchó a la cocina a por un vaso de agua pensando que todo habían sido imaginaciones suyas. Sin embargo, cuando volvió a su habitación tras haber tratado de tranquilizarse cogió el libro para tratar de estudiar cuando volvió a escuchar la misma voz, solo que esta vez aliviada. «Gracias, jovencita». Miró por encima del libro y no pudo evitar ahogar un grito y soltar el libro, que irremediablemente cayó al suelo.

Un hombre de un minúsculo tamaño estaba encima de su mesa, vestido con una toga y observando el libro que había caído al suelo con severidad. «Jovencita, los libros no deben ser dañados ya que son una gran fuente de conocimiento, así pues, si no le importara recogerlo».

Confundida por la presencia del hombrecillo, se agachó torpemente para obtener el libro y volver a mirar fijamente los ojos de dicho hombrecillo, el cual una vez comprobó que el libro estaba en perfectas condiciones se presentó. «Permítame presentarme, soy Monseñor Georges Lemaître, sacerdote. Y he venido para ayudarle a estudiar la teoría del *big bang*». Conmocionada, le miró y comprendió que a eso se debía que fuera vestido como un cura; sin embargo, de dónde había salido, por qué era diminuto y lo que era más importante: cómo un sacerdote le iba a enseñar a comprender esa teoría. Decidió que su objetivo esa tarde era estudiar, por lo que realmente no le importaba quién le explicara la lección, siempre y cuando lo entendiera para mañana, por lo que se sentó mirando fijamente al diminuto sacerdote y le pidió que se lo aclarara, a pesar de estar muy nerviosa. Asombrada por la facilidad del sacerdote al hablar de ciencia y explicarle la teoría del *big bang*, comenzó a tomar notas y a levantar la mano como si de una clase se tratara y, con el mayor respeto posible, a preguntar sus dudas.

Tras la explicación, la muchacha había comprendido perfectamente la teoría, por lo que el sacerdote decidió marcharse tras haberle preguntado la teoría para comprobar que se la sabía. Lo más asombroso de todo fue cuando justo antes de desaparecer, enigmáticamente, le dijo: «Debes crear tus propias opiniones, no te conformes con creer en lo que los demás creen, ya que pueden estar equivocados; y escucha siempre las opiniones o teorías de los demás, ya que puede que sean erróneas, pero siempre podrás aprender algo de ellas. No pienses sandeces como que la ciencia no puede ser compatible con tus propias creencias; al fin y al cabo, yo soy sacerdote y fui el primero en formular la teoría del *big bang*. No te conformes, infórmate». Y desapareció de su escritorio como si nunca hubiera estado allí. Como si de un sueño se hubiera tratado. Pensó en las últimas palabras que le había dicho: «No te conformes, infórmate». Quizás las ideas sobre la creación del mundo que ella creía desde pequeña fueran compatibles con el *big bang*, o quizás no, pero eso a ella ya no era lo único que le importaba. El sacerdote tenía razón, no debía conformarse con las ideas de los demás.

Desde ese día se cuestionó todas y cada una de las cosas que pasaban por su mente, haciéndose sus propias ideas e informándose sobre la materia, sin dejar de escuchar y respetar por ello las opiniones ajenas.

